

Buscando a Quiiiaiiiao



Hace mucho mucho tiempo en una ciudad que ya no existe, vivió una familia de monos dorados.

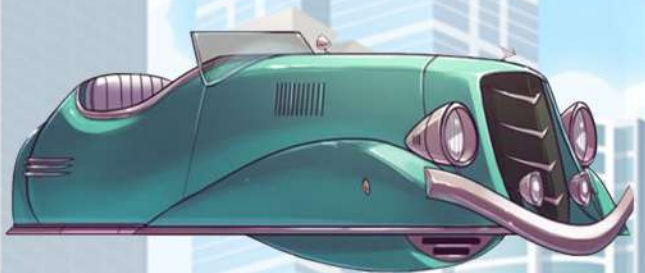
Pero no eran como los de ahora. En ese entonces caminaban erguidos, como señores distinguidos, peinaban, pintaban y acomodaban su pelaje de maneras muy elegantes.

Además, gustaban de usar sombrero y manejar automóviles sin ruedas porque obviamente, eran monos, los de ellos flotaban sobre las calles.

En ese entonces los dormonos, como se llamaban a si mismos, tenían una civilización casi como la nuestra, con casas, teléfonos y electricidad. Pero sin internet.

Esta es la historia de una pareja de dormonos muy enamorados, que vivió en la ciudad dormona de Krétaro.

Se llamaban Aouuuaoi y Aiuuuooooii, pero les diremos Ao y Ai, ya sabes... nombres de mono. Que despues de muchos años juntos decidieron tener un hijito. Se sintieron muy muy felices la primera vez que lo cargaron en sus brazos, y querían tener muchos dormonitos más en su casa.



Pero, como todo en la naturaleza es imprevisible, la feria de la genética hizo que Ai se pusiera muy enferma despues de embarazarse. Eso los puso muy tristes, porque su corazón tenía aun espacio para amar.

Una noche Ao y Ai tuvieron un sueño muy extraño. Un dormonito, hermoso, que nunca antes habían visto, levantaba los brazos y los llamaba. Cada quien en su sueño, lo cargaba, o jugaba com él. Con Ao salía a jugar fútbol y con Ai preparaba galletas.

Cuando se despertaron supieron, sin sentir ninguna duda, que era su hijo, que se había perdido y de alguna manera los estaba llamando. Es como si hubiera nacido leeeeejos.



Como lo platicaron en el desayuno, su hijito, que se llamaba Uaaaaiaauuaa, les contó que también había soñado con un bebé mono que lo abrazaba.

Durante días este aparente sueño estuvo dando vueltas en el corazón y en la mente de toda la familia.

El viernes siguiente llegó a Krétaro la feria mundial de Dormonis, y como era una ocasión única nuestra familia no podía perderse.

Había exhibiciones de todos los países, comida, juegos, trajes, animales y frutas de las más raras. Comieron, jugaron y vieron un montón de cosas interesantes.

A eso de las 5 de la tarde, a la hora que las sombras desaparecen y no puedes decir si es de día o es de noche, los tres se sentaron en una banca a comer un helado de plátano con cereza. Un olor a vainilla y lavanda los envolvió y por unos segundos el tiempo se detuvo. El aroma venía de una carpa violeta que no habían visto junto a ellos. Bordado con letras doradas, en la parte de arriba de la puerta de tela, se leía: “Mapas al futuro”.



MAPAS DEL FUTURO

— ¡Quiero entrar! — dijo Uaaaaiaauuaa (Bueno, Ua, como le decían sus papás).

— Vamos— contesto Ai

Adentro no estaba iluminado del todo, pero bajo los últimos rayos de sol de ese día estaba sentada una dormona que se veía muy anciana, su pelo era blanco, gris y azulado, a penas si quedaba algo de pelo dorado en su cara y tenía la mirada de ojos verdes más profunda que jamás había visto ninguno de los tres.

Antes de que cualquiera pudiera haber dicho nada ella habló. Con una voz dulce y algo temblorosa.

— Estoy por cerrar. ¿Vienen por un mapa?

Se volvieron a ver sin saber que contestar, es como si el espacio y el tiempo fueran diferentes ahí adentro. Ai sintió que conocía aquella mujer, pero no lograba pronunciar su nombre... En realidad no podía pronunciar ninguna palabra ante la presencia de aquella mujer dormona.

La anciana se paró lentamente, buscó en un cubo que tenía a su izquierda, lleno de rollos de papel. Tomaba uno, los miraba y decía — No, no no, este no es.... Volvía a tomar un rollo, los miraba y murmuraba — No todavía no...

Finalmente despues de segundos que se extendieron quién sabe cuanto, agarró uno y se los extendió.

Quisieron leerlo, pero estaba muy oscuro dentro de la carpa.

Aquella abuela dormona abrazó a Ai con mucha fuerza y le dijo, salgan afuera a leerlo hijita, aquí está muy oscuro.

Se dieron la vuelta los 3 y avanzaron dos o tres pasos hacia la puerta y abrieron el mapa. Era verdaderamente un mapa, así como los de las películas de monos piratas. Al final, la gran equis roja estaba sobre una casita que tenía escrito dentro el nombre de Ou

— Que chistoso, dijo Ao, así le llamaban a mi abuelo: Ou

— ¡Papá! No hemos pagado el mapa— dijo Ua.

Se giraron para pagar, y vieron que la tienda no era una tienda, era una especie de montón de telas, violetas y doradas. Que justo en ese momento un dormono alto y fornido levantaba para echar en una camioneta y arrancar.

Un escalofrío los recorrió.

Miraron el mapa como si pensarán que también iba a desaparecer, pero no fue así.

— Tenemos que ir — dijo Ai— enseguida. — afirmó.

Como si algo le dijera que aquel tesoro misterioso se iba a desvanecer.

Pero, no se fueron enseguida, porque Ao no era un dormono de impulsos, prefería planear para que los planes tuvieran éxito. Eso sí, salieron temprano en la mañana. Ai no habría podido esperar más.

El mapa los llevó por caminos empinados, donde tuvieron que bajarse del carro y caminar cuesta arriba y campo traviesa. Pues hay lugares tan especiales que aún ningún dormono había recorrido. Trataron de dejar señales por si alguien más tenía que caminarlo como ellos, no se perdiera.

Sobretudo cuando en lugar de ir a la izquierda como decía el mapá, trataron de tomar el camino de la derecha (que se veía más planito) pero resultó tener avisperos y tuvieron que correr como nunca antes en su monesca vida.

Hubo partes del camino que se enfrentaron con sombras terribles, sombras que descubrieron los habían seguido toda la vida, pero nunca había nombrado. Las sombras de Ai, las venció Ao, porque él nunca les había tenido miedo... Y los monstruos de oscuridad que perseguían a Ao, Ai supo como derrotarlos, porque nunca habían vivido debajo de su cama y pues no la asustaban.

Ua demostró ser increíblemente listo a pesar de ser tan chiquito. Es como si su sola presencia hiciera más fuertes a sus papás, como si supiera que decir en los momentos más difíciles. En ese camino descubrieron el poder mágico de los hijos dormonos: abrazarlos te fortalece. Siempre.

No se sabe si tardaron días, semanas o meses en llegar. Algunas veces cuando lo cuentan decían que fue mucho tiempo, otras veces que poco... Y otras no recordaban los días antes de ese viaje. Lo que si es seguro es que llegaron.

Y cuando llegaron a la casita que marcaba el mapa vieron a un dormonito pequeño y hermoso jugando sobre un árbol. Se subía. A las ramas y se aventaba sin miedo al trampolín que había debajo.

— Ou? — llamaron al mismo tiempo Ai y Ao.

El monito que estaba saltando se sorprendió, y trepó a toda velocidad hasta la punta del árbol.



En ese momento de la casa salió una dormona muy joven, que había teñido parte de su pelo de verde esmeralda. Y los saludó preguntando:

— ¿Es su hijo? Llegó aquí hace algunos días, después de una terrible tormenta.

La dormona verde, que se llamaba Euii les contó como hacía algunos días el cielo se había puesto negro repentinamente, y una tormenta azotó la ciudad.

Dormonos corrían por todas partes, asustados.

Cuando terminó todo el caos, en ese árbol, estaba un pequeño mono.

— No ha querido decir nada, salvo que se llama Ou.

La familia guardó silencio.

Ao y Ai le contaron a la dormona verde su sueño y su búsqueda.

Ella les explicó que Ou se mostraba asustado y silencioso gran parte del tiempo. Pero nadie sabía porqué.

La pareja salió y se sentó debajo del árbol.

— OU!!! SOMOS TUS PAPÁS!!! — gritaron desde abajo— VENIMOS POR TI!!!

Ou no respondió. Había estado solo mucho tiempo. Alguien lo había dejado ahí y no quería confiar en nadie. Ua comenzó a subir. Se sentó cerca de Ou en silencio y comenzaron a intercambiar miradas. Jugaron un rato entre las ramas y se rieron juntos. Pero Ou no quiso bajar. Sus papás pasaron muchos días ahí abajo, junto con Ua.

Montaron un campamento. Los monos son muy buenos para esas cosas.

Notaron como cada día Ou se dormía en una rama más cerca del suelo. Hasta que un día, finalmente, despertaron con él acurrucado junto a ellos, con su cabeza en el hombro de su hermano.

No dijeron nada.

Despertaron y desayunaron. Hicieron muchas preguntas para saber qué le gustaba a Ou y que no. Él a veces contestaba y a veces se enojaba.

Pero ellos entendían que no los conocía... ¿Y quién confiaría en unos desconocidos? Ou, no era tonto y pensaba que había que irse con cuidado con estas personas desconocidas. Lo habían dejado en ese árbol una vez y no quería que le volviera a pasar.

Cada día intentaban algo diferente. Le contaban de sus historias, anécdotas de la familia, jugaban juntos y le enseñaban fotos de su casa del árbol y de la ciudad de dónde habían venido... Y donde quería regresar junto con él. Decían que era su hijo perdido.

Y que lo habían extrañado mucho tiempo, incluso sin conocerlo.

Una vez el cielo se volvió a poner de un color negro espantoso, y Ou comenzó a temblar porque creyó que vendría una tormenta. Pero en lugar de irse, el dormono que decía que era su papá, Ao, subió hasta la punta del árbol (Ou no se dio cuenta, pero al pobre le temblaban las patitas) y lo bajó cargando suavemente a pesar de los gritos y las protestas y los coscorrones que echó.



Su papá lo metió en la casita que había hecho abajo del árbol, su mamá le dio un chocolate caliente con plátano y su hermano le prestó sus juguetes. Lo abrazaron cada vez que caía un rayo y él se sacudía. Después de un rato se quedó dormido junto a ellos y por primera vez desde hacía mucho tiempo la tormenta lo arruyó en vez de darle pesadillas.

Esa noche por primera vez les dijo mamá, papá, hermano. Los días se hicieron semanas y finalmente Ou estuvo listo para irse a casa. Se dio cuenta que esta familia, SU familia, no se iba y no lo dejaba.

Unos días después todos volvieron a la casa del árbol que sus papás y su hermano había dejado en Krétaro.

El lugar era nuevo y desconocido para Ou, pero su hermano lo ayudó a hacer amigos, lo acompañó en sus primeros días de escuela y hasta aguantó algunos coscorrones que Ou daba sin querer cuando tenía miedo y se enojaba.

Cada día era mejor y todos hacían cosas nuevas. Sin embargo había días en que todavía Ou se subía corriendo hasta la punta más alta del árbol donde estaba la casa.

Era su modo de defenderse del miedo, del enojo, de la tristeza que algunas cosas le recordaba. Ao y Ai sabían que recuperarse de los golpes que una tormenta deja en el corazón no era fácil. Esos golpes están muuuy adentro y no hay manera de sobarlos, ni poner pomadas o curitas. Solo queda esperar bajo el árbol, con un abrazo... O subir a buscar a tu monito si se pone en peligro.

Cuando Ou fue creciendo y era un mono adolescente recuerda que se enojó muchísimo, aunque ya no recuerda la razón, en ese momento parecía ser la cosa más importante del mundo. Se subió a la punta del árbol y juró que jamás bajaría de ahí.

Declaró a voz en cuello que no lo fueran a bajar y que quería que todos lo dejaran en paz.

Pensaron que bajaría para la cena, pero no lo hizo.

Tampoco para el desayuno, ni para la comida del día siguiente. Entonces Ao y Ai se preocuparon. Hicieron algunas llamadas por monófono. Ya en la noche, Ou miró hacia abajo del árbol... Había muchas lucecitas encendidas y se escuchaba una cancioncita. La curiosidad lo hizo bajar, un poquito, para ver que pasaba.

Ahí sentados bajo el árbol, estaban su papá, su mamá y su hermanito Ua. También estaban sus abuelitos, su Titamona y sus tíos, estaban su sobrina y sus tías.. Estaban las amigas de su mamá a las que llamaba tías y sus familias... también habían venido sus primos. Había mucha gente debajo del árbol, esperándolo.

Cuando bajó, nadie dijo nada. Solo lo abrazaron y cada uno le fue diciendo al oído cuanto lo amaban. Ao y Ai, sus papás, lo abrazaron más tiempo que nadie mientras le decían que siempre estarían ahí para él.

Le dijeron que no importaba cuantas tormentas hubiera, cuanto tiempo o que tan alto decidiera trepar en el árbol y alejarse de todos... Las familias somos para siempre y

TE AMAMOS CADA DÍA DE NUESTRA VIDA.

Ou y su hermano se convirtieron en todos unos señores monos. Altos, fuertes, respetuosos y encontraron su camino feliz en la vida.

Ou escogió jugar monobol, y se hizo un excelente jugador, disciplinado y aguerrido. Todavía corre a la punta de los árboles cuando siente que no puede más... pero ahora le llama a sus papás para contarles, y mientras habla con ellos va bajando poco a poquito del árbol.

A veces solo se imagina que se trepa y grita groserías en su imaginación cuando llega hasta arriba. Como es un señor mono ya puede pensar todas las malas palabras que quiera.

Su hermano se fue a otro país, pero siguen hablándose para contar cómo les va la vida..y molestarse un poquito, con cariño, como acostumbran los hermanitos dormonos.

Y sus papás, siguen en la casita del árbol, esperándolo y recibéndolo siempre con los brazos y el corazón abierto... Porque la familia NUNCA te abandona. Y ahora Ou lo sabe y ya no tiene miedo nunca de las tormentas.



Buscando a Quii'uii'ao

